

**MÁS ALLÁ  
DE LOS  
CAMPOS  
DE LAVANDA**

*Más allá de los campos de lavanda*

Originally published in English under the title:  
*Beyond the Lavender Fields*

Copyright © 2022 Arlem Hawks

Spanish translation © 2022 Libros de Seda, S.L.  
Published under license from Shadow Mountain Publishing.  
ALL RIGHTS RESERVED. No part of this work may be  
reproduced in any form or by any means without permission  
in writing from the publisher.

© de la traducción: Patricia Henríquez Espejo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.  
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta  
28036 Madrid  
[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)  
[@librosdeseda](https://www.facebook.com/librosdeseda)  
[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Deseret Book Company  
Adaptación de cubierta: Rasgo Audaz  
Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: : ©Matilda Delves/Trevillion Images (mujer en  
primer término); ©Album/akg-images (pie del frontal: *Ejecución  
de Luis XVI*, rey de Francia el 21 de enero de 1793, en la plaza de la  
Revolución, de Pierre Antoine de Machy, 1723-1807); © Daniel  
Balakov/GettyImages (campos de lavanda)

Primera edición: octubre de 2023

Depósito legal: M-28529-2023  
ISBN: 978-84-19386-15-1

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

ARLEM HAWKS

MÁS ALLÁ  
DE LOS  
CAMPOS  
DE LAVANDA

Libros de  
*seda*



*Para Mary Carol, la abuela Carol, Caroline y Carolyn:  
cuatro mujeres maravillosas que cambiaron el rumbo de mi vida.  
Gracias por vuestra influencia y ejemplo.*



# CAPÍTULO 1



*Mayo de 1792*

*Marsella, la Provenza, Francia*

**G**illes Étienne se removió en la silla y se inclinó más sobre el libro de contabilidad que tenía delante. Casi siempre disfrutaba de los debates políticos, pero esa noche tenía demasiadas cosas pendientes antes de su reunión con los jacobinos.<sup>1</sup> Resistió la tentación de participar en la discusión entre sus compañeros de la fábrica de jabón.

—La monarquía ama a Francia —declaró el nuevo empleado mientras se encaminaba hacia la puerta.

A Gilles se le resbaló la pluma al escribir y un trazo errado manchó la página. Menudo monárquico ignorante. La monarquía solo le había traído a su país dolor y sufrimiento. Se pasó los dedos por la mata de rizos oscuros. Daubin necesitaba aquellas cifras para la mañana siguiente, pero la riña que tenía lugar detrás de él resonaba por toda la oficina, subía de tono y amortiguaba casi por completo el sonido de un carruaje que recorría la calle de la fábrica.

El otro empleado resopló.

—Los franceses hemos disfrutado de más libertad en los tres años que han pasado desde que comenzó la revolución que desde hacía siglos, tal vez milenios. —Por el rabillo del ojo, Gilles vislumbró que el joven se sacaba del bolsillo un gorro frigio, uno de los símbolos de la revolución. Era

---

<sup>1</sup> Nota de la Ed.: Grupo político republicano surgido en la Revolución francesa que reclamaba la soberanía popular.

un verdadero atrevimiento ya que, por lo que ellos sabían, el dueño de la fábrica de jabón se había posicionado con los monárquicos—. Vamos, Étienne. Seguro que, como jacobino que eres, no soportas oír hablar de una traición tan flagrante.

—Lo que más deseo oír ahora mismo es el silencio —masculló Gilles. La brisa marina, tan leve que solo un olfateador experto podría haberla detectado, se coló por la ventana abierta del despacho. Gilles Étienne había abandonado el mar con mucho gusto dos años atrás, pero las disputas con monárquicos inflexibles casi hacían que deseara huir a la cubierta de un barco y marcharse a toda vela. Casi.

—Déjalo en paz —dijo el empleado monárquico—. Étienne sabe que no tiene verdaderas pruebas contra el rey.

Gilles apretó los dientes para intentar refrenarse y no participar en esa disputa. Tenía muchos motivos para creer que había que destituir al rey. Para empezar, por las extravagancias que le permitía a la reina. Pero no ganaría nada al discutir con alguien que ya tenía una opinión formada.

—O puede que simplemente quiera asegurarse de contar con el favor del patrón —replicó el revolucionario.

Esa afirmación tenía algo de cierta. Mantener una buena relación con Daubin significaba ganar un par de libras extra de vez en cuando. Cada aumento de salario hacía que estuviera más cerca de poder acudir con su hermano mediano a la prestigiosa escuela médica en Montpellier.

Unos pasos en la escalera pusieron fin a la discusión.

—Hasta el lunes, señores —se despidió Gilles con jovialidad mientras sus compañeros se apresuraban a salir por la puerta a su derecha. Por Dios. Qué agotadores podían llegar a ser.

Volvió a concentrarse en los números que tenía delante; no cuadraban como había esperado. Quizás uno de sus compañeros hubiese cometido un error de cálculo en alguna parte.

Un crujido en el pasillo le anunció que alguien iba a interrumpir su soledad. Se apartó la mano del pelo y se irguió. Sin duda, debía de tratarse de Daubin. Muy pocos empleados se quedaban hasta tan tarde en la fábrica.

—Gilles —susurró una voz demasiado desenfadada como para ser la del patrón. Émile, el hijo mayor de Daubin, asomó la cabeza por el umbral de la puerta del despacho con un brillo pícaro en la mirada. Aunque era un

año mayor que Gilles, no siempre actuaba de un modo acorde a su edad. Tampoco lo hacía Maxence, amigo de Émile y hermano de Gilles, que le sacaba dos años.

Gilles rio y dejó la pluma dentro del tintero.

—No sabía que ibas a volver a casa. ¿Ha venido Max contigo? —Ambos solían regresar a Montpellier juntos.

—Tu hermano esperaba que estuvieras ya en tu casa, así que se ha dirigido hacia allí. —Émile mantenía la sonrisa burlona—. Hay alguien a quien deberías recibir en el despacho de mi padre.

¿Un cliente? Gilles se levantó de golpe de la silla y tomó su casaca.

—¿Has visto de quién se trata? —Daubin no tenía ninguna cita programada tan tarde. Al menos ninguna de la que hubiera informado a Gilles. ¿Sería el ministro, que había acudido a preguntar por su pedido?—. ¿Era un caballero mayor? ¿Alto y delgado?

Émile se apoyó contra el quicio de la puerta y se cruzó de brazos.

—Sí que es alta y delgada. Pero, sin duda, no se trata de un caballero.

Gilles se detuvo con la casaca a medio poner.

—¿Una dama? ¿Qué dama iba a venir a la fábrica de jabón? La mayoría de las mujeres prefieren comprar sus jabones y perfumes en la tranquila tienda de Daubin en el distrito de Noailles.

—Es una joven. Y bien vestida.

—¿Está esperando a tu padre?

El otro joven se encogió de hombros.

—Dice que tiene un asunto que tratar con él. —Algo en su despreocupación hizo que Gilles arqueara una ceja. Se traía algo entre manos.

Émile señaló con la cabeza detrás de él.

—Deberías ir a verla.

Gilles echó un vistazo a su trabajo sin terminar. Daubin no se enfadaría si lo dejaba a medias, sobre todo después de haberlo enviado a Marsella a hacer varios recados a primera hora del día. Cerró el libro de contabilidad, tapó el tintero y se levantó de la silla. Cuando hubo guardado los utensilios de escritura y despejado su mesa, se volvió hacia Émile, que seguía sonriendo.

—Como no te andes con ojo, puede que mi padre te deje esta fábrica en su testamento. —Le apoyó una mano sobre el hombro, con la mirada entornada y con gesto conspirativo—. Tengo una apuesta para ti.

Ahí estaba... No podía ser de otro modo.

—Besa a la muchacha que está ahí dentro y te daré veinticinco libras. A no ser que te asuste demasiado —continuó.

¿Por qué Maxence y Émile disfrutaban tanto de ese juego? No es que no le gustase besar a jóvenes, le gustaba mucho, pero a él le remordía más la conciencia que a su hermano o a su amigo. Y la mirada que le había dedicado Émile le hizo entender que era un verdadero reto.

Pero eran veinticinco libras...

—¿Por qué no la besas tú mismo si crees que vale eso? —le preguntó Gilles.

Al otro joven le brillaron los ojos.

—Creo que tú tienes más posibilidades que yo.

—Por supuesto que sí. Porque a las mujeres les gustan más los marineros apuestos de piel morena que los estudiantes universitarios paliduchos. —Émile tenía la tez y el cabello más claros que la mayoría de los marseleses, pese a que el resto de la familia Daubin tenía aspecto de proceder de una ciudad portuaria del Mediterráneo.

—Ya casi no pareces un marinero —le respondió su amigo—. Dos años metido en un despacho logran cambiar a un hombre.

A Gilles no le gustaba pensar en los cambios. Cada vez que su padre regresaba, le sugería que se estaba volviendo débil.

—Entonces, ¿vas a hacer el esfuerzo o tengo que ir a buscar a tu hermano para que lo haga como es debido?

—¿Tanto necesita que la besen? —Émile estaba extrañamente insistente.

Su amigo resopló.

—Toda mujer necesita que la besen. Sobre todo esta, por la cara que trae.

Gilles había acabado descubriendo que no todas deseaban que las besaran. Se detuvo en el umbral de la puerta frente a Émile.

—¿Y qué pasará si fracaso? —No podía permitirse perder veinticinco libras.

—Tendrás que hacerme compañía en la cena de bienvenida en honor a mi hermana la semana que viene. —Arrugó la nariz. A Gilles le recordó a su sobrina de seis años en lugar de a un estudiante universitario de veintitrés.

—¿La que está casada?

El gesto de disgusto de su amigo se acentuó.

—Ojalá fuera esa. No, la que no está casada.

—¿Qué es lo que temes, la cena o la llegada de tu hermana? —Aunque nunca había conocido a Marie-Caroline Daubin, había oído a Émile quejarse mucho de su hermana, la de las ideas retrógradas, que tenía la edad de Maxence.

—Ambas cosas por igual. —Émile bajó la voz—. No deberíamos celebrar cenas extravagantes ahora que el país se encuentra en este estado. Es un sinsentido poco patriótico; si no fuera porque acabaría ofendiendo a mi madre, no asistiría. —Volvió a esbozar aquella sonrisa pícar—. ¿Hay trato? —Le tendió la mano.

Gilles vaciló tan solo un momento antes de tomársela. Émile le dio un golpecito en el hombro.

—Vamos, amigo mío. Ve a por tu dama o tendrás que enfrentarte a una cena horrible.

Tras echar un último vistazo por la ventana y contemplar un cielo despejado que comenzaba a oscurecerse dando paso a la noche, abandonó la estancia. Todo aquello era una estupidez. Una dama de clase alta no iba a estar dispuesta a besarlo. Aunque las diferencias sociales fueran cosa del pasado, muchos seguían aferrándose a su posición en la sociedad como un crío se agarra al aparejo durante su primera visita a un astillero.

No iba a arriesgarse. Si esa dama resultaba ser una coqueta, aprovecharía la victoria fácil. Sin embargo, prefería enfrentarse a la hermana chapada a la antigua de Émile a que Daubin lo sorprendiera en su propio despacho intentando persuadir a una clienta reacia a pasar un buen rato.

Se acercó a hurtadillas a la puerta del despacho, intentando no hacer ruido. Por un momento, echó de menos el ánimo que le proporcionaba la revitalizante brisa del Mediterráneo frente al ambiente cargado de la fábrica de jabón.

«Compórtate como Maxence». Su hermano no solía perder cuando participaba en esos juegos. Se irguió todo lo alto que era, pero ni siquiera en esa postura podía alcanzar la estatura de Max.

La joven, que vestía un traje de amazona en un tono añil brillante, se encontraba plantada frente al gran escritorio al fondo de la estancia, de

espaldas a la puerta. Un par de rizos castaños y largos se le escapaban del recogido y se le curvaban alrededor del cuello sobre el hombro. Una melodía flotaba por el despacho y Gilles tuvo que escuchar el tarareo durante varios segundos hasta reconocerla. Era la de *En el puente de Aviñón*, una vieja canción que hablaba de bailar en el puente de Aviñón.

Gilles carraspeó, lo que detuvo el tarareo, y le dedicó una inclinación de cabeza a la dama cuando se dio la vuelta.

—¿Puedo ayudarla, *mademoiselle*? —Levantó el rostro y se encontró con un par de ojos oscuros y penetrantes. La joven tenía las manos apoyadas sobre el escritorio de su jefe, como si le perteneciera.

—Solo estoy esperando, gracias.

—¿Puedo traerle algo mientras espera? —Gilles dio un par de pasos para entrar con aire despreocupado en la estancia. La dama mantuvo la cabeza alta, con los labios apretados, como si estuviese analizándolo. Él mudó poco a poco el gesto hasta esbozar una cálida sonrisa.

—No es necesario, pero gracias de todas formas —le respondió ella al fin.

—Tal vez pueda hacerle compañía mientras espera por *monsieur* Daubin. —Se detuvo a su lado, junto al escritorio.

La dama lo miró de arriba abajo, desde el cabello alborotado hasta los zapatos desgastados, para luego volver a fijarse en su rostro. Por un momento, la determinación de Étienne flaqueó. Sin duda, había pasado a considerarlo un empleado insolente. La joven arqueó una ceja, casi como si pudiera ver más allá de sus amables palabras.

—No soy de esas que necesitan atención constante. Le aseguro que estaré perfectamente bien sola.

Gilles se apoyó en el borde de la mesa, sin atreverse a mirar hacia la puerta para comprobar si Émile lo estaba observando.

—Soy el oficinista jefe de *monsieur* Daubin. No me había informado de que tenía una cita esta noche. Y mucho menos con una clienta tan hermosa. —Apoyó las manos contra la madera, lo suficientemente apartadas de los dedos enguantados de la dama como para que su cercanía no resultara intimidante. ¿Se conformaría Émile con un beso en la mano? No lo había especificado, aunque sus juegos solo contemplaban que el beso fuese en los labios.

Gilles tragó saliva, sintiendo de pronto la boca seca. Si lograba tener la oportunidad, disfrutaría al besar esos labios carnosos y de aspecto suave.

La joven dio un paso decidido hacia delante, pero deslizó los dedos por el escritorio hasta apartarlos de los suyos. ¿Estaba jugando con él?

—¿Qué asunto tiene que tratar con Daubin? —logró preguntarle—. Tal vez pueda ayudarla.

Unos botones dorados recorrían la parte delantera del vestido de la dama hasta la garganta. En un pañuelo que llevaba al cuello tenía enganchada una escarapela, blanca y diminuta, lo suficientemente pequeña como para que alguien la confundiera con una flor. No obstante, al examinarla de cerca, era imposible confundir aquellos lazos unidos.

Blancos. El color de la monarquía.

Así que era una monárquica. Se preguntó cómo habría sido capaz de recorrer la calle sin que la hostigaran por llevar ese símbolo tan a la vista. Quizá por esa vez dejara ganar a Émile. Si aquella joven era una férrea partidaria de Luis XVI y de la monarquía, prefería perder la apuesta antes que besarla.

—Me temo que no se trata de nada con lo que usted pueda ayudarme. —Sus pasos resonaron mientras se encaminaba hacia la ventana situada detrás del escritorio, quedando fuera del alcance de Gilles.

El joven la siguió, situándose a su lado mientras ella miraba por la ventana. ¿Qué asunto la traería por allí? Se movía por el despacho prácticamente como por su casa, sin que la hubiesen invitado a hacerlo. ¿Había decidido Daubin involucrarse en la contrarrevolución? Tal vez aquella dama fuese una mensajera.

La joven posó una mano sobre uno de los cristales. Por encima de las azoteas de los edificios al otro lado de la calle, los rayos de luz bañaban las chimeneas y los callejones mientras el sol se ponía en el horizonte. Aún quedaban un par de horas de luz, pero las calles empezaban a verse oscuras.

—Olvidaba lo mucho que me gusta este lugar —murmuró ella.

—¿La fábrica de jabón?

La ocurrencia hizo que la joven le dedicase una mirada despectiva.

—Desde luego que no. Me refiero a la ciudad.

Gilles posó las manos sobre el alféizar, pero ella no le prestó atención.

—¿Lleva mucho tiempo fuera? —le preguntó.

—He estado viviendo en las afueras de París estos últimos dos años.

¿Una mensajera de París? Todos los bandos de la revolución, también los monárquicos, contaban con líderes en aquella ciudad.

—No me entusiasmaba regresar —prosiguió—, pero Marsella siempre se encarga de recordarme sus cosas buenas.

—¿Sí? —Gilles se acercó un poco más, deslizando los dedos hacia la joven hasta que estuvo a punto de rozarla. Cuanto más le miraba los labios, más tentadora resultaba la idea de conquistar a esa monárquica. Era tan solo un beso; pero, aun así, el pulso le latía a una velocidad alarmante. Era algo que no había experimentado desde la primera vez que había besado a alguien. Aquella mujer tenía una actitud más elegante y segura que las muchachas a las que acostumbraba a besar. En todo caso, si procedía de París y de la aristocracia sin moral de esa ciudad, quizá tuviera más posibilidades de las que creía de ganar la apuesta...

—Aunque los jóvenes demasiado entusiastas y desvergonzados no son algo que haya echado de menos de aquí en absoluto. —La dama lo tomó por la manga. Gilles se encogió ante ese contacto inesperado, mientras ella le empujaba la mano hacia el lado contrario del alféizar—. ¿Cómo se llama? Así podré hablarle bien de usted a su jefe.

Gilles se ruborizó. Dos años atrás, antes de bajarse por última vez de la pasarela del *Rossignol*, aquel rubor habría pasado inadvertido. Sin embargo, después de pasar tanto tiempo en la fábrica, su piel, antes bronceada, hacía ya mucho que había palidecido.

Una voz áspera, que les llegó desde la puerta, hizo que ambos volvieran la cabeza.

—Ah, Étienne. ¿Sigues aquí? —Daubin entró en la estancia sin levantar la vista de entre un montón de papeles. Tiró su peluquín sobre la mesa y se frotó la calva mientras leía.

La joven miró a Gilles, esta vez con un gesto gélido; lo escudriñaba de arriba abajo.

—¿Étienne?

—Sí, Gilles Étienne. —Dio un paso atrás, por primera vez nervioso ante el escrutinio de la joven—. ¿Nos conocemos?

Daubin levantó la vista de los documentos y miró a la joven.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué sucede?

Ella le lanzó una última mirada y él se sintió como si ella pudiera verle el alma. Y era evidente que no le gustaba lo que veía. Pasó airada junto a él mientras se acercaba hacia el señor Daubin.

Besó al caballero en la mejilla.

Gilles enarcó mucho las cejas cuando el hombre la estrechó entre los brazos, plantándole un beso en la coronilla. No pudo oír la respuesta en voz baja que le dio la dama. ¿Quién era esa joven? Creía conocer bien a Daubin tras dos años en los que no solo se había encargado de sus negocios, sino también de sus asuntos personales.

—Esperaba ver a tu hermano aquí, no a ti —dijo *monsieur* Daubin, soltando a la joven y regresando a sus papeles.

—He venido con él. Mamá no dejaba de revolotear a mi alrededor y yo necesitaba un respiro.

Gilles se quedó de piedra. ¿Su hermano?

El fabricante de jabón pareció animarse.

—¿Émile está aquí? ¿Y por qué no ha venido a verme? —Lanzó los documentos hacia el escritorio. Gilles estaba acostumbrado a ordenar de inmediato los papeles de su jefe, pero, al ser consciente de lo que estaba sucediendo, se quedó paralizado.

No... Émile no sería capaz.

*Monsieur* Daubin se dirigió hacia la puerta mientras señalaba a Gilles, que seguía en un rincón.

—Si quieres un té, pídeselo a él. —Y desapareció por el pasillo.

—Gracias, papá.

Étienne deseó que se lo tragara la tierra. A Émile le parecía divertido hacerle quedar como un tonto. Seguramente estaría riéndose a carcajadas en algún rincón de la fábrica por el hecho de que su amigo hubiera intentado besar a su hermana mayor.

Los zapatos de la joven repiquetearon por el suelo de madera del despacho a medida que se acercaba. Se detuvo delante, con el dobladillo de la falda sobre los zapatos de él. Volvió el rostro para mirarlo a la cara. Si él no hubiese tenido la vista clavada en el suelo, no le habría resultado difícil plantarle un beso en los labios. Pero ella no era una chica fácil de taberna y él era el empleado de su padre.

—No quiero besarle —declaró la dama—. Ni ahora ni nunca.

—¿Besarme? —soltó Gilles, ruborizado. La joven estaba al corriente. ¿Cómo podía saberlo?—. Disculpe, *mademoiselle*, pero yo nunca.....

—Sé qué tipo de jóvenes son los amigos de mi hermano. —La señorita Daubin se dio la vuelta y se arrellanó en la silla de su padre. Tomó una hoja del montón que Gilles había dejado allí aquella mañana. Tras quitarse los guantes, le hizo un gesto desdeñoso en dirección a la puerta—. Puede irse.

Parecía que fuera la reina, sentada con sus mejores galas en el palacio de las Tullerías. El revolucionario que era en el fondo sintió una gran repulsa ante las ordenes de la dama, pero mantuvo la boca cerrada mientras salía a toda prisa del despacho. Aunque había intentado olvidar todo lo que había aprendido a bordo del barco de su padre, un recuerdo seguía muy vivo en él: el viento fuerte soplando contra las velas, cada una extendida y tensada, el mar salpicando la cubierta... Y su padre observando cómo la Compañía de las Indias empequeñecía en el horizonte. «Debes aprender a reconocer qué batallas puedes ganar y de cuáles debes huir», le había dicho su progenitor. «Ser sabio no es ser cobarde. Un idiota valeroso que persigue un objetivo, cuando sabe que no puede ganar, sigue siendo un idiota». Sin embargo, mientras abandonaba el despacho lo más rápido que podía, de algún modo se sintió tan cobarde como idiota.